

SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Benedicto XVI

Catequesis

AUDIENCIA GENERAL

La oración en las Cartas de san Pablo (2)

23 de mayo de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

El miércoles pasado mostré cómo san Pablo dice que el Espíritu Santo es el gran maestro de la oración y nos enseña a dirigirnos a Dios con los términos afectuosos de los hijos, llamándolo «*Abba, Padre*». Eso hizo Jesús. Incluso en el momento más dramático de su vida terrena, nunca perdió la confianza en el Padre y siempre lo invocó con la intimidad del Hijo amado. En Getsemaní, cuando siente la angustia de la muerte, su oración es: «*iAbba, Padre! Tú lo puedes todo; aparta de mí este cáliz. Pero no sea como yo quiero, sino como Tú quieres*» (Mc 14,36).

Ya desde los primeros pasos de su camino, la Iglesia acogió esta invocación y la hizo suya, sobre todo en la oración del padre nuestro, en la que decimos cada día: «*Padre..., hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo*» (Mt 6,9-10). En las Cartas de san Pablo la encontramos dos veces. El Apóstol, como acabamos de escuchar, se dirige a los Gálatas con estas palabras: «*Como sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama en nosotros: "iAbba, Padre!"*» (Ga 4,6). Y en el centro del canto al Espíritu Santo que es el capítulo octavo de la Carta a los Romanos, afirma: «*No habéis recibido un espíritu de esclavitud, para recaer en el temor, sino que habéis recibido un Espíritu de hijos de adopción, en el que clamamos: "iAbba, Padre!"*» (Rm 8 15). El cristianismo no es una religión del miedo, sino de la

nuestras actitudes marcadas por la cerrazón, por la autosuficiencia, por el egoísmo típicos del hombre viejo.

Así pues, podríamos decir que en Dios el ser Padre tiene dos dimensiones. Ante todo, Dios es nuestro Padre porque es nuestro Creador. Cada uno de nosotros, cada hombre y cada mujer, es un milagro de Dios, es querido por Él y es conocido personalmente por Él. Cuando en el Libro del Génesis se dice que el ser humano es creado a imagen de Dios (cf. Gn 1,27), se quiere expresar precisamente esta realidad: Dios es nuestro Padre, para Él no somos seres anónimos, impersonales, sino que tenemos un nombre. Hay unas palabras en los Salmos que me conmueven siempre cuando las rezo: «*Tus manos me hicieron y me formaron*» (Sal 119,73), dice el salmista. Cada uno de nosotros puede expresar, con esta hermosa imagen, su relación personal con Dios: "Tus manos me hicieron y me formaron. Tú me pensaste, me creaste, me quisiste". Pero esto todavía no basta. El Espíritu de Cristo nos abre a una segunda dimensión de la paternidad de Dios, más allá de la creación, pues Jesús es el "Hijo" en sentido pleno, «*de la misma naturaleza del Padre*», como profesamos en el Credo. Al hacerse un ser humano como nosotros, con la encarnación, la muerte y la resurrección, Jesús a su vez nos acoge en su humanidad y en su mismo ser Hijo, de modo que también nosotros podemos entrar en su pertenencia específica a Dios. Ciertamente, nuestro ser hijos de Dios no tiene la plenitud de Jesús: nosotros debemos llegar a serlo cada vez más, a lo largo del camino de toda nuestra existencia cristiana, creciendo en el seguimiento de Cristo, en la comunión con Él, para entrar cada vez más íntimamente en la relación de amor con Dios Padre, que sostiene la nuestra. Esta realidad fundamental se nos revela cuando nos abrimos al Espíritu Santo y Él nos hace dirigirnos a Dios diciéndole «*iAbba, Padre!*». Realmente, más allá de la creación, hemos entrado en la adopción con Jesús; unidos, estamos realmente en Dios, somos hijos de un modo nuevo, en una nueva dimensión.

Ahora deseo volver a los dos pasajes de san Pablo que estamos considerando, sobre esta acción del Espíritu Santo en nuestra oración; también aquí son dos pasajes que se corresponden, pero que contienen un matiz distinto. En la Carta a los Gálatas, de hecho, el Apóstol afirma que el Espíritu clama en nosotros «*iAbba, Padre!*»; en la Carta a los Romanos dice que somos nosotros quienes clamamos «*iAbba, Padre!*». Y san Pablo quiere darnos a entender que la oración cristiana nunca es, nunca se realiza

Una última anotación: también aprendemos a clamar «*Abba, Padre!*» con María, la Madre del Hijo de Dios. La plenitud de los tiempos, de la que habla san Pablo en la Carta a los Gálatas (cf. Ga 4,4), se realizó en el momento del "sí" de María, de su adhesión plena a la voluntad de Dios: «*He aquí la esclava del Señor*» (Lc 1,38).

Queridos hermanos y hermanas, aprendamos a gustar en nuestra oración la belleza de ser amigos, más aún, hijos de Dios; de poderlo invocar con la intimidad y la confianza que tiene un niño con sus padres, que lo aman. Abramos nuestra oración a la acción del Espíritu Santo para que clame en nosotros a Dios «*Abba, Padre!*» y para que nuestra oración cambie, para que convierta constantemente nuestro pensar, nuestro actuar, de modo que sean cada vez más conformes a los del Hijo unigénito, Jesucristo. Gracias.

(Saludo a los peregrinos de lengua española)